

CAMINANDO TRAS UNA PROMESA...

Al comenzar este ciclo de retiros, te invitamos, dentro de tus posibilidades a realizar una caminata antes de leer la reflexión. Si no puedes hacerlo en este momento, trata de recordar alguna de las caminatas que hayas hecho. Recorre mentalmente el camino... Observa todos los detalles del camino, de tu marcha, de lo que vas sintiendo y percibiendo...

Al abrir la Biblia y contemplar la marcha del Pueblo hacia el encuentro con Dios, llegamos a descubrir ¡qué largo y difícil es el camino de la oración! Es decir, todo encuentro con Dios exige una larga marcha de cansancio y de esfuerzo, de perseverancia y superación, de esperanzas compartidas...

Hoy te invitamos a caminar junto a Abraham en esta marcha hacia el encuentro con Dios, él hizo de su vida un camino y de su camino, oración...

Para comenzar puedes leer los siguientes textos aunque después los profundizaremos más:

- **Gn. 12, 1-9**
- **Gn. 15, 1-7**
- **Gn. 17, 1-8**
- **Gn. 18, 16-33**

Es Dios quien invita a hacer un camino, y en Abraham esa invitación tuvo respuesta

**“Yahvé dijo a Abraham: “Deja tu país, a los de tu raza
y a la familia de tu padre, y anda a la tierra que yo te
mostraré. Haré de ti una nación grande y te bendeciré” Gn. 12, 1-2**

Dios invita a Abraham a avanzar en la senda del despojo. Deja su tierra y camina hacia un lugar incierto, pero siguiendo una promesa: tierra y descendencia numerosa. El sendero de la vida del orante está marcado de despojos, pero siempre Dios nos promete algo. Nadie camina por nada. Pero pide dejar, sin esta condición no es posible encontrarse con el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, quien “tomó la condición de esclavo, se rebajó hasta la muerte y una muerte de cruz”. (Flp 2, 6-7).

Escucha en el silencio ¿Cuál será la propuesta que hoy te hace el Señor a ti?

“Abraham atravesó el país hasta el lugar sagrado de Siquem...

Yahvé se apareció a Abraham y le dijo: “Esta tierra se la daré a tu descendencia” Entonces Abraham edificó un altar a Yahvé, que se le había aparecido. Desde allí pasó a la montaña de Oriente de Betel y desplegó su tienda de campaña entre Betel al oeste y Ay al este Allí también edificó un altar a Yahvé e invocó su nombre” Gn. 12, 6-8

Abraham edificó unos altares y no precisamente para decir que hay que construir templos. Significa mucho más. Significa que encuentra a Dios en su camino de nómada; a través de su vida ordinaria e inestable, a través de sus peregrinaciones, encuentra a Dios. Las piedras, la encina, el mundo son templo, lugar sagrado de Presencia. Él está en todas partes y con Él siempre es posible dialogar.

Piensa en el camino de tu vida ¿Dónde tendrías que levantar un altar? Es decir: ¿En dónde has encontrado a Dios? Vuelve con tu imaginación a todos esos momentos y lugares. Recuerda qué te decía Dios y qué le decías tú a Él... Si te ayuda puedes escribirlo... Quédate un buen rato en silencio tratando de pensar en tus altares... en tus encuentros...

Hoy también, quizá te encontrarás con Dios en algún momento. Con lo que tengas a mano, edifica un altar... Quizá luego puedas compartirlo con tu comunidad...

Lee Gn. 13, 3-4.

Invocar es llamar, del latín, vocare. La oración de Abraham es toda ella una invocación. Para Abraham, **invocar es reconocer a Dios como Dios y vivir en su presencia.** Para Abraham, Dios es un desconocido, es el Shaddai, el “Dios de las montañas”. Para nosotros Dios ya no es un desconocido, pues Jesús ya nos habló de Él. Por eso invocar para nosotros es **afirmar la intervención siempre presente de Dios en la historia a través de su Amor de Padre.** Invocar es decirle a Dios que sabemos que Él nos ama y queremos disfrutar de su amor.

Abraham tenía una ventaja en relación a nosotros. Él no iba demasiado de prisa, no corría todo el día con un móvil en el bolsillo, no corría para llegar en hora a clase o a la reunión. Abraham no tiene prisas, se detiene, ora, bendice, agradece, adora... También nosotros necesitamos estar atentos, detenernos, darnos espacios de reconocimiento y adoración. Para invocar su nombre debemos tener tiempo.

Ahora tienes todo el tiempo que quieras... Invoca el nombre de Dios... Repite una y mil veces: “Dios es amor y me ama... Dios está presente en mi vida... Dios me ama” Hasta que te canses. Primero lo tendrás que pensar, luego intenta sentirlo, después disfrútalo...

Mirando a Abraham hacemos otro descubrimiento en su oración: el encuentro con Dios es un diálogo a partir de la Promesa.

Lee Gn. 15, 1-6

Es Dios quien tuvo la iniciativa. Cada vez que vamos a orar, vamos a encontrar a un Dios que nos espera. Él habla primero. Nuestras palabras sólo son respuestas a una palabra, a una espera de Dios. Y la primera palabra de Dios a lo largo de la historia es y será siempre una palabra de paz: **“No temas”**. Esto significa hoy día mucho para nosotros... No temas, olvida tus angustias... No temas, olvida tus preocupaciones...

**«Señor mío, ¿de qué me sirven tus dones si, como tú bien sabes, no tengo hijos?
El Señor le contestó: Tu heredero va a ser tu propio hijo,
y no un extraño. Entonces el Señor llevó fuera a Abram y le dijo:
Mira bien el cielo y cuenta las estrellas, si es que puedes contarlas.
Pues así será el número de tus descendientes» (Gn 15 3-7).**

Es de noche por eso puede mirar y contar estrellas; es de noche en el exterior, y en su interior la noche es aún más oscura. Abraham se lamenta, habla con Dios de sus angustias íntimas, de sus tristezas y dolores. Se siente solo, viejo, cansado del caminar incierto.

Lamentarse, preguntar, llorar son modos de oración que acompañan la vida del creyente. Estamos invitados a mirar las estrellas, a mirar hacia arriba. Yahvé responde insistiendo en la promesa.

Abraham habla, exponiendo simplemente el callejón sin salida en el que se encuentra. La promesa repetida con insistencia produce en Abraham una confianza inquebrantable que lo conduce a una relación de intimidad profunda con Dios. Esta confianza le hace capaz de «esperar contra toda esperanza» (Rom 4,18), confiar cuando todo parece contradecir el cumplimiento de la promesa. Y Abraham creyó, creyó en una promesa humanamente imposible, aunque nunca llegó a ver el cumplimiento de esa promesa.

¿Cuáles son las Promesas que Dios te hace?... ¿A qué te dice Dios “no temas”?... ¿Tu diálogo con Dios parte de las Promesas de Dios o de tus dificultades?...Dios sabe cuál es tu callejón sin salida... ¿Tienes la plena seguridad en que Dios no falla, aunque no siempre veas cumplidas tus promesas?...

Haz un paralelo entre tus dificultades y las Promesas... Háblale de todo esto a Dios... Apóyate sólo en Dios y en las promesas de Dios... Recuerda que orar es entrar en una promesa y apoyarse en ella...

.

En Abraham descubrimos una actitud más relativa a la oración y la hallamos en su intercesión por Sodoma.

Lee Gn. 18, 16-33

También aquí Dios toma la iniciativa. Es el que plantea la cuestión:

“Yahvé se preguntó: ¿No le comunicaré a Abraham lo que voy a hacer, siendo que me he fijado en él para que salga de él una nación grande y poderosa y para que por su intermedio reciban bendiciones todos los pueblos de la tierra?”

¿Se siente Dios en falta frente a Abraham por haberle ocultado parte de su proyecto? ¿Dios está fallando a la confianza de amistad que mantenía con Abraham? Dios plantea la cuestión a Abraham y es Dios mismo quien suscita la intercesión de Abraham. El pecado de Sodoma le lleva a la oración de intercesión. Abraham dice:

“Sé que a lo mejor es un atrevimiento hablar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza”

Se sabe humilde, pobre, pero el conocimiento de su miseria le permite la osadía para hablar con Dios. No pide nada para sí. Pide para los otros. Y Dios quiere que Abraham interceda por el pueblo. Comienza entonces el **regateo de misericordia**. (Misericordia es poner el corazón de uno junto al corazón del mísero). La oración de intercesión es justamente un regateo de misericordia. Y Abraham se apoya en las promesas de Yahvé para exigirle misericordia.

La oración de intercesión no tiene la loca y absurda pretensión de influir en Dios y de hacerle cambiar de opinión, sino que consiste en entrar en la órbita de Dios, en la zona de atracción divina en la que se produce la acción recíproca entre Dios y nosotros.

Trato de pensar ahora: ¿Qué situaciones de mi historia (personal, comunitaria, familiar, nacional, mundial) me hace descubrir el Señor? O dicho de otra manera ¿Ante qué situaciones me abre los ojos Dios?... ¿Cuáles de ellas necesitan mi intercesión?... Trato de hacer ese mismo regateo de misericordia que hizo Abraham... Voy presentándole al Señor una por una esas situaciones... Y voy intercediendo por cada una... Pero pensando también a qué me compromete esa intercesión.

Al finalizar este camino de oración junto a Abraham trato de escribir en una oración lo que ha significado este recorrido, los sentimientos que ha suscitado en mí para poder compartirlo en comunidad.

Tiempo de alianzas

Hagamos un pacto:
Tú tenme paciencia,
que yo tendré valor,
y entonaremos un canto
como nunca se ha oído.

Tú pones la fortaleza,

yo la debilidad.
Y envueltos en tu abrazo,
nos lanzaremos
a buscar la justicia.

Tú pones el horizonte,
yo la pasión.

Y hombro con hombro,

hacia ese destino
orientaremos la vida.

Hagamos un pacto:
Tú pones la Verdad,
yo la inquietud.
Tu verdad
y mi inquietud
se enlazarán
en la búsqueda más eterna.

Tú pones la Palabra,
y yo el balbuceo.
Y entre escuchas,
eco y silencios
daremos voz al misterio.

Tú pones la ternura,
yo, cinco panes
y dos peces.
Se saciará el hambre de tantos,
y aún sobrarán doce cestos.

Tú pones la misericordia,
yo algunos aciertos,
y bastantes tropiezos.
Y en la escuela del perdón
brotará la sabiduría.

Hagamos un pacto:
tú quédate a mi lado,
y yo bailaré contigo.

José María R. Olaizola, sj

Cfr. "En la escuela de los grandes orantes". Jacques Loew. Narcea. Madrid. 1977.